

Tierras de España

Impresiones de un viaje
por Galicia

III



LA fábrica de embalar sardinas que vi-
sité era la de los hermanos López.
Él es un camarada que estuvo en los
Estados Unidos durante largos años
y que, boicoteado por la burguesía al
regresar al pueblo, se defiende como
puede, apoyado por su hermana, una joven simpá-
tica, gallardo tipo de mujer gallega.

Vi allí, en detalle, del modo que se preparan las sardinas que consumen las multitudes de las metrópolis españolas. Trabajo de mujeres, en el que ganan muy poco las carriñenses, después de permanecer muchas horas con las manos metidas en el agua helada, preparando las sardinas en la salmuera. Y aun esto no es nada, comparado con lo que representa la misión que a las mujeres es encomendada, cuando llegan las barcas de pesca del mar. Entonces penetran en el océano tanto como el tamaño de la barca exige y la profundidad del agua permite, hundidas hasta la cintura y hasta más arriba de la cintura en el agua, jóvenes y viejas, en una concurrencia desesperada, en busca de la miserable peseta que habrá de aliviar las necesidades de un hogar donde los crios se multiplican, sin tener en cuenta situaciones fisiológicas, sin que nada proteja lo delicado de una naturaleza nacida para otros trabajos que este bárbaro y primitivo.

Y luego las largas horas, sacando las sardinas de las redes; recoxiéndolas; a veces defendiendo a las barcas, a brazo partido con el mar, cuando éste se alborota y el trabajo de desembarque aun no ha terminado.

Y sin embargo, estas criaturas de la Naturaleza, hechas al aire y al frío, en un ambiente hostil e inmisericorde, se crían y se mantienen sanas y fuertes como robles. Pocas son las mujeres que alumbren con auxilio de comadrona. Nacen los chicos sobre los montones de paja: incluso en los campos, donde la mujer trabaja hasta el último momento, asistidas por cualquier amiga compasiva y a veces sin asistencia alguna, como los cabritos y los chotos. Y es algo extraordinario ver a estos chavales, apenas sosteniéndose sobre sus rollizas piernas, chapoteando en el agua, corriendo por el arroyo, guardando rebaños de puercos, de vacas o de ocas, con los zuecos en los pies, las mejillas sonrosadas, las rubias testas alborotadas, espléndidos de salud y de salvable belleza.

Y esto, en toda Galicia. Terminaron nuestras dos jornadas de Carriño y salimos otra vez en peregrinación hacia Santiago de Compostela. Por la noche,

un grupo de camaradas, ante mis insistentes ruegos de que cantaran canciones gallegas, me dieron una audición completa, con acompañamiento de gaita, en el comedor de la fonda donde nos alojábamos. Los cantos gallegos, de melopea pegadiza, alegres y canados, se parecen un poco a nuestras canciones catalanas. Fué una velada gratísima, a la que asistíamos como únicos espectadores Baella y yo, pues poco a poco todo el mundo acabó por cantar, aun personas ajenas a nuestros medios, por esa expansividad del carácter gallego y por la solidaridad de la alegría, tanto o más fuerte que la del dolor.

A las siete de la mañana salimos para Santiago. Suárez, que se había comprometido a despedirnos, apenas tuvo tiempo de traerme un par de zuecos, diminutos y monísimos, que habían hecho fabricar para mi niña... Zuecos que guardo como recuerdo, pues los pies de Vida son ya demasiado grandes para ellos.

Otra vez el paisaje gallego. Otra vez el espectáculo del mar y la tierra, en conjunción perenne. Lo que la noche me impidió ver, voy descubriéndolo a través de esta radiante mañana de diciembre. El sol brilla en el firmamento y arranca todos los colores del arco iris del mar que se atisba a lo lejos. Los bosques oscuros contrastan con el verde dulce de los prados, con la nota clara de los «pazos» y caseríos que esmaltan las praderas, los vallecitos, las vertientes de las montañas. Los arroyuelos cantan nos se suceden uno al otro. El agua corre por todas partes, mezclando su rumor suave al de las esquilas de los rebaños, a las canciones gallegas que modulan los arrieros, los pastores, los hombres o las mujeres que labran los campos. Yo digo:

—¡Oh! ¡Aquí debía estar situada la Arcadia feliz!

La gente sonríe y me mira con simpatía. Hay pobreza en Galicia, como en todas partes. Hay ese drama cruento del «rus», como dicen ellos, que entrega a los pobres campesinos, atados de pies y manos, a los desmanes de los caciques, que revive, en pleno siglo XX, las neguras de la servidumbre, ahora con carácter político.

Pero Galicia es una tierra rica, espléndida, generosa, que da pan a todo el mundo, que triunfa, por la magnificencia de su naturaleza, por la benignidad de su clima, por los bienes naturales dispensados a manos llenas sobre ella, de todas las injusticias y desigualdades sociales. Así los pobres, explotados como en todo el orbe, no son tan desgraciados ni tan miserables aquí: el campo, próspero, el instinto de

la vida, propio de todas las razas fuertes, jóvenes y sanas, se impone en ellos y les da el derecho a la existencia que la sociedad les niega.

El viaje de Carriño a Santiago tiene que hacerse en varias etapas. Dos o tres cambios de autos de línea y otra vez al inevitable Ferrol, centro de todas nuestras correrías por este lado de Galicia. Llegamos a El Ferrol con tiempo justo de comer y tomar el auto que sale para Santiago a las dos de la tarde. Dejamos la maleta en la misma estación y buscamos la marisquería que nutrió nuestros desmayados estómagos antes de salir para Carriño. No somos peñitos en el terreno, pues el que más conoce El Ferrol es Baella, que estuvo otra vez en él, pero tenemos un guía precioso: la estatua de un señor negrero, situada en medio de la villa y cuya historia acabo por saber en gracia al servicio de guía o vigía que nos presta, pilotándonos en el mar de calles, todas iguales, de la ciudad del Arsenal. Creo que se llama Amboage y su gloria, además de los negros que vendió y asesinó, reside en haber dejado parte de su fortuna destinada al siguiente fin: redimir cada año del servicio militar a unos cuantos hijos de El Ferrol. El legado cayó en manos de la gente de curia y de iglesia, que cumplen la voluntad de Amboage de la siguiente curiosa manera: en lugar de redimir del servicio militar a unos cuantos ferrolanos, sirve para pagar cada año el equipo de soldado de los hijos de El Ferrol que entran en filas. Lo que viene a ser lo mismo; esto es, todo lo contrario.

Aunque nosotros no conociéramos El Ferrol, en cambio El Ferrol había acabado por conocernos a nosotros. La gente nos miraba, reconociendo en nuestro trío «la mujer y los dos hombres» que hablaron en el mitin del Jofre. Esto nos servía de algo. Por lo menos, nos hacía blanco de la curiosidad pública.

El viaje de El Ferrol a Santiago nos fué alejando del mar. Sin embargo, muchas veces, cuando declamamos: «Ahora ya no volveremos a ver el mar hasta Coruña», de pronto aparecía, rutilante, deslumbrándonos, incendiado por el resplandor rojizo del sol que se ocultaba.

Llegamos a Santiago al atardecer. Nos esperaban los compañeros con unas cartas de casa, remitidas desde Coruña por los camaradas del Comité Regional. Allí me estaba reservado un pequeño disgusto.

Iba yo a Santiago con la convicción de que allí residía el centro de la hostilidad gallega hacia mi persona, y pronto me cercioré de ello. Hasta el propio Celestino García, que organizó mi conferencia contra viento y marea, y a pesar de la oposición y del boicot de los sindicalistas, me miraba con una mezcla de temor y de agresividad. Tuve que dar la conferencia en el local de los Sindicatos — en Conga, 11 — porque no quiso ayudarse a García a buscar local para un mitin, si antes no me comprometía yo «a no tocar el asunto de las Avanzas en Santiago». Los compañeros del Comité Regional, que obraron con una nobleza y una rectitud ejem-

plares, contestaron a esta imputación de una manera concreta y digna:

— Esto ni se lo proponemos a Federica. Cualquiera de nosotros, de encontrarnos en su lugar, ante semejante coacción tomaría el tren y daría por terminada la «tournée».

Llegamos, como digo, a Santiago al anochecer. Después de leer las cartas de mi familia y asearme un poco, salimos con Celestino a recorrer la población.

Milagrosamente, aquel día no llovía. Sin embargo, por la noche comenzó a llover y continuó lloviendo constantemente. Por algo es Santiago «la ciudad de la lluvia». El aspecto de la vieja población gallega es señorial, suntuoso, severo y elegante. Los estudiantes la llenan por doquier, repitiendo el motivo de «La Casa de la Troya». Tiene edificios ricos y majestuosos, de estilo plateresco la mayoría. Me dió la sensación de una villa arcaica y noble, con un aire que la hace inconjundible y raramente sugestiva. Sus calles estrechas, sus plazas con los clásicos soportales, su maravilloso paseo, desde el que se domina toda la villa, recorrido al pálido resplandor de los focos eléctricos, poblado de amorosas sombras, reviven esa vida provinciana que ha inspirado a tantos novelistas.

La conferencia estaba señalada para las seis y media, pero un aviso telefónico a mi nombre, enviado por Cheda, me alarmó tanto, temiendo alguna mala noticia de casa, que no quise ir al local hasta tanto no estuviese persuadida de que nada malo les pasaba a los míos. Al fin no era más que un exceso de celo de los amigos de La Coruña, que querían preguntarme si ya me habían dado las esperadas cartas, y dejando el aparato en manos de Baella, emprendí veloz marcha hacia el local de los Sindicatos.

Harto exiguo, para el público que, pese a todo, se apiñaba para oír mis palabras, que, por ser de una mujer, despertaban aún más curiosidad en la austera y callada ciudad de la lluvia.

Había incluso gente intelectual, dominando los estudiantes, que habrían acudido en gran número, de haberse dado en otro local más amplio y más propicio. La rabia me dominaba y estaba presa de una indignación que sólo conseguí dominar gracias a la sangre fría que tengo en los momentos en que me es precisa.

Hablé cerca de dos horas, dando quizá una de las mejores conferencias de mi vida. Celestino me miraba y en sus ojos leía el remordimiento. En los míos debía brillar bastante cólera, pues se esforzó en convencerme de su inocencia, y de que había hecho cuanto estaba a su alcance por conseguir local más amplio, siendo inútiles todos sus esfuerzos.

Di la conferencia que mi sentido común, mi rápida comprensión de los problemas y de las necesidades de la propaganda me aconsejaban para una ciudad de tan enconadas luchas sindicales y políticas cual es hoy Santiago. Hablé de las ideas, las ex-

pliqué y saqué la consecuencia que había sacado en El Ferrol, pero aquí sin enfrentarse con nadie, de manera tan lógica y tan irrefutable, que los propios socialistas estaban conformes; a saber: que desde el Poder, que manteniendo la existencia del Estado, no hay igualdad posible ni puede estructurarse una sociedad libre y justa. Que por tanto todos los socialistas, los unos aceptando puentes transitorios y nosotros prescindiendo de ellos, vamos a la destrucción del Estado, a la Anarquía, a la sociedad estructurada a base del trabajo libre, del apoyo mutuo y del mutuo acuerdo. Demostré como todo Estado transitorio supone un nuevo interés autoritario creado y un tiempo precioso perdido por la evolución de las sociedades. Estimulé la fe en el mañana, la confianza en los hombres y la necesidad de aunar todos los esfuerzos, para dar el pan y la libertad que todo el mundo necesita y anhela. Hablé como hubiera hablado de haberse dado la conferencia o el mitin que se hizo todo lo posible por obstaculizar, temiendo mis palabras.

Y cuando terminé, dejé el paso libre a toda la furia y la indignación contenidas durante el curso

de una charla fría, correcta, segura y sin vacilación de ninguna especie.

-- ¡Ah, Santiago, Santiago, cómo me acordaré de él toda la vida!

García se defendía, protestando de mis acusaciones. Comprendía yo que había variado de criterio respecto a mí, pero hasta que me contaron todo el proceso del asunto en La Coruña, ya que los camaradas del Regional nada quisieron decirme antes para no apenarme, no le declaré limpio de culpa, reconociendo su buena voluntad y que hizo cuanto pudo en favor de mi desdichada conferencia, sentenciada a ahogarse entre cuatro paredes estrechas por la voluntad omnipotente de los que han dividido a la clase obrera de Santiago, arrastrando a buena parte de trabajadores a las filas de ese tísico Partido Sindicalista de España, sentenciado a morir de manera triste y miserable.

Mañana salimos para La Coruña, la bella, sólo entrevista, y que tan buena, tan acogedora, tan cordial y entusiasta habrá de resultarme.

FEDERICA MONTSENY

CORREO LIBRE

A los compañeros de Bujalance (Córdoba). — Como podréis ver, nos ocupamos de vuestro caso en la medida de lo posible. Hacéis cargo de las dificultades con que tropezamos para que pudieran ver la luz ciertas cosas. ¡Las hay que merecen comentario tan apropiado! Invistiremos.

F. Barthe. — El original para la novela se recibió y se publicará oportunamente. Hazte cargo de que muchas cosas no podemos contestarlas al momento, como sería nuestra voluntad, y discúlpanos por esta vez, que no hay desconsideración personal alguna.

Mariano Gallardo. — Sus originales se recibieron y serán leídos con toda atención, cosa que no ha sido posible hacerlo hasta la fecha por diversas causas. De aprovechar alguno para nuestras publicaciones, se lo comunicaremos y, en caso contrario, le serían devueltos tal como desea.

Ramón Menéndez. — Las preguntas que hizo Julián Pereda al doctor Klug, si no han sido contestadas, aguardarán turno. Pero, por si se nos hubieran extraviado, cosa que dudamos, puede repetirlas y se contestarán en su día.

Manuel Chiapusso. — Málaga. — En nuestro poder obra una carta del compañero Antonio Martínez García, dirigida a ti. Como ignoramos tu dirección, no podemos darle curso. Dinos dónde quieres que te la enviemos.

Un abogado en ciernes. — No creemos que hubiese nada delictivo en lo que vosotros hacíais, al leer obras y publicaciones autorizadas por la ley, pero ya sabéis que este es el país de las arbitrarie-

dades y que muchas veces la vida y la libertad de cualquier ciudadano están a merced de no importa qué monterilla. Debéis solicitar la apertura del local, amparándoos en la legalidad restablecida, por medio de papel sellado y en comunicación escrita al gobernador de la provincia.

M. Villanueva. — Barcelona. — Tu carta no merece respuesta alguna, pero quiero dártela, no Urales precisamente, que ni la ha leído, sino su hija. Es propio de villanos juzgar villanamente a los otros, por aquello de que «piensa el ladrón que todos son de su condición». Te absuelve la juventud, que no es garantía jamás de consecuencia ni de buen criterio. Pero así y todo, a ningún hombre puede absolverse nada de la vileza, de la cobardía en el insulto y del espíritu ruin e inquisitorial, que tú atesoras en gran escala. Urales tiene derecho a opinar como sea, aunque se equivoque, sin que ningún mal nacido quede autorizado para decir que es un comerciante que se «ha vendido al equipo de Casas Viejas». Eres un desgraciado que no mereces más que piedad, pues la vida te reserva el pobre destino propio de todos los miserables de alma.

Al más desgraciado. — No tienes que tomarte las cosas tan a pecho. Ya encontrarás la horma de tu zapato, recuperando el gusto a la vida, la alegría y la salud moral. De momento, te recomendamos una vida higiénica y sana; practica el excursionismo y los deportes, de manera que tu cuerpo desgaste la energía que te sobra y evitando así caer en la neurastenia, que tantas víctimas hace. Verás como poco a poco te sentirás más seguro de ti y dispuesto a esperar la Era que ha de completarte.

Tierras de España

Impresiones de un viaje por Galicia

II



O salimos para Cariño hasta las dos de la tarde. La mañana la pasamos recorriendo El Ferrol, ciudad limpia y moderna, de amplias y elegantes proporciones, en la que se repite esa nota tan gallega y tan bonita de las galerías llenando las fachadas, que hacen de La Coruña «la ciudad de cristal».

Quisimos visitar el Arsenal y no se nos autorizó la entrada, quizá obiendo nuestra condición de forasteros revolucionarios. Contemplamos los muros que encierran los astilleros en que se construyen los barcos de guerra de España y que representan, por las especiales condiciones del trabajo, la tumba de la dignidad obrera ferrolana. Porque los trabajadores que consiguen un empleo fijo en el Arsenal, adquieren ya, de modo quizá inconsciente, una mentalidad de funcionarios. Tienen un sueldo seguro, una posición económica cimentada sobre bases harto escasas, desde luego, pues el Estado jamás paga espléndidamente, pero que se les antojan incommovibles. Y del mismo modo que los ferroviarios constituyen una especie de aristocracia del proletariado, divorciándose, desinculcándose de sus problemas, así también los obreros ferrolanos que entran a trabajar en el Arsenal abdicán poco a poco de toda actividad revolucionaria y de toda aspiración de igualdad humana.

Por esto quizá El Ferrol es una ciudad de abo-lengo socialista. Y la única vez que los socialistas se decidieron en España a ser fieles a su tradición perdida — la que les dieron los socialistas revolucionarios rusos —, los obreros de El Ferrol que trabajan en el Arsenal secundaron el movimiento en una gran parte, siendo este primer y único fracaso un motivo más de conservadurismo para estas masas de pensamiento rudimentario y de apagado espíritu de rebeldía.

Todo esto me fueron contando unos compañeros ferrolanos que nos acompañaron en nuestro paseo — el amigo Iturralde entre ellos, que sostiene con improbos esfuerzos y a base de un abnegado y constante sacrificio personal, una escuela racionalista en El Ferrol —. A pesar de la rémora que el Arsenal, y la especialización del trabajo y de los trabajadores que él representa, son en la bella ciudad gallega, por esa fuerza expansiva de nuestras ideas y por la constancia y el entusiasmo de los hombres que las abrazan, en El Ferrol existe organización confederal y una activa propaganda anarquista, sostenida heroica y tenazmente por los camaradas.

A pesar de la mala impresión que me produjo el acto de la noche anterior, El Ferrol me dió la sensación de una villa de vida intensa y en la que las ideas cuentan con simpatía ambiente, aun en las propias masas socialistas y pese al espíritu de acomodamiento incubado en ellas por las causas ya antes dichas.

Gracias al progreso, aquel mismo día me fué dable hablar por teléfono con los míos, oyendo a través del espacio la voz de mi pequeña que me llamaba: «¡Mamá! ¡Mamá!» a muchos kilómetros de distancia. Las lágrimas se agolparon a mis ojos y anudaron mi voz en la garganta al oírlo. ¡Oh! Algunos quizá piensan que ese deambular de un confín al otro de España, de pueblo en pueblo, un día aquí y otro a centenares de kilómetros de distancia, es un placer y un entretenimiento. Que los que nos decidimos a convertirnos en judíos errantes de la propaganda, aunque sólo sea periódicamente — una vez al año, como yo hago —, nos damos una vida de príncipes y gozamos del placer de viajar a costa ajena. De mí sé decir que salir de casa, dejando a los míos, alejándome de ellos por muchos días, es un sacrificio que sólo hago por lo mismo que es un sacrificio y por lo mismo que me da el orgullo de sentirme útil a la causa y contenta de mí, al hacer cuanto puedo y más de lo que puedo. Si algún medro personal sacase de ello, no lo haría.

Después de comer — las sabrosas vieiras, las exquisitas centoias — en una marisquería, con Iturralde y un compañero de Cariño que debía pilotarnos hasta ese simpático pueblecito pesquero, salimos en ruta hacia lo que había de ser mi tercer contacto con Galicia.

¡Qué hermoso viaje, a través de los campos, contemplando el paisaje hasta que la luz del día me lo permitió! El mar aparecía y desaparecía de nuestra vista, en un juego eterno con la tierra. Entra en lenguas ligeras, como canales, ensanchándose hasta formar bahías. Vuelve a salir, serpenteando como ríos. Y de pronto surge otra vez, en un recoveco de la ruta, deslumbrando con sus destellos argentados, contrastando violentamente con el tono verde de las praderas, con el oscuro de los bosques.

En medio de los campos, trabajando la tierra con los arados romanos, gobernando rebaños de vacas, conduciendo pesadas carretas de bueyes, también romanas, veo repetirse la escena bíblica de Ruth y Booz. Pronto me doy cuenta de algo que me asombra y me emociona: el tipo especial de la mujer gallega. Con sus largas trenzas colgando y el pa-

ñuelo anudado sobre la frente, las anchas faldas y las mejillas abultadas y rojas, curtidas por el aire y el sol, la mujer galaica es una resurrección exacta de ese tipo de campesina rusa que nos han hecho familiares las novelas de Tolstoi.

¡Valerosas mujeres gallegas! Las he visto tras las yuntas, arando; cavando en los campos, conduciendo pesados fardos de leña, grandes jarras de agua sobre la cabeza. Las he visto hundidas hasta la cintura en el agua, sacando las barcas sardineiras del mar. Las he visto por las calles de La Coruña, calzadas con los típicos zuecos, voceando con singulares modulaciones, como una melopea, el pescado acabado de coger en el bramante océano.

Laboriosa y mística, cándida y sensual, con una belleza dura y trágica, cortadas a hachazos sus siluetas, penosamente curtidas en la lucha diaria con la vida, con la tierra y con el mar. En Galicia la mujer trabaja tanto o más que el hombre. Esta condición de su trabajo les da una relativa libertad. Y ese aire singularmente pagano que respira Galicia, ese vaho extraño, de vida fuerte y natural, produce también curiosas modalidades en las costumbres. La obsesión sexual, la idea del pecado, que pesa sobre la mayoría de mujeres españolas, parece conjurada sobre esta testa clara de la mujer galaica, que ríe con risa alegre, que canta sonriendo coplas en las que son constantes las alusiones al amor carnal. Yo decía que el tipo gallego revivía la leyenda de las ninfas y de los silvanos. A Pazos, un camarada que habló conmigo en Carballo, le llamaba el dios Pan. Se parece a una estatua que de esta divinidad griega hay en las salas de escultura grecorromana antigua en el Museo del Louvre.

Llegamos a Cariño, después de un viaje pesado por lo largo, pero ameno por la renovación constante del paisaje, ya entrada la noche y lloviendo. Después de cenar, ante un auditorio rebosante de simpatía, en el que abundaban las mujeres, dimos el mitin. El pobre Baella, víctima inocente de Sendón, empeñado en mantener abierta la ventanilla del autobús durante todo el viaje, apenas pudo hablar por estar afónico. Sendón se desquitó, pronunciando un discurso en gallego que tuvo en hilaridad permanente al auditorio.

Mientras los otros hablaban, yo miraba a los oyentes. Contemplaba los semblantes de las muchachas, de los mozos que nos escuchaban, los rostros curtidos de los lobos de mar y la cara sonrosada, aun imberbe, de los jóvenes pescadores. Y me parecía hallarme transportada a otra región del mundo. En Cariño he visto tipos puros escandinavos. Hombres altos y rubios como los hijos del país de los fiords. Recuerdo a un camarada — creo que contador del Sindicato — que atraía irresistiblemente mi mirada por la singularidad de sus rasgos nórdicos. Tiene los ojos muy claros, la tez pálida, los cabellos rubios, la talla alta y hercúlea, la expresión hermética y sonadora. Verdadero tipo danés. Si Pazos es el dios Pan redivivo, este camarada,

cuyo nombre ignoro, debe ser la resurrección de algún nombre ignoro, debe ser la resurrección de algún Viking, poblador misterioso del Walhalla.

¡Con qué gusto, con qué verdadero placer hablé, durante una hora larga! Jamás me he sentido más compenetrada con el público, tan bien entre el público, a pesar de que Suárez me quitó el procedimiento utilizado en Galicia para establecer corriente simpática entre los que me escuchan y yo, anticipándose a mis palabras previas. Fue él el que pronunció esos casi sacramentales: «Dos minutos y medio de descanso, para que estiréis las piernas y os coloquéis bien en vuestros sitios», que algún día oíré caricaturizados por Prego, ese observador satírico formidable, terror de los oradores.

No recuerdo de qué hablé. Después de la charla amena de Sendón, mi discurso fué muy sereno y un poco triste, lleno de emocionados recuerdos. Más que discurso, fué una evocación de nuestra historia de luchas y de heroísmos, que había de conmover y conmovía a aquellas almas nobles y a aquellos corazones sencillos. Después hablé de ideas. Es decir, creo que las expliqué de manera clara y comprensible y que fuí bien entendida.

¡Ah! Prefiero mil veces estos auditores primitivos, de ojos maravillados, de frentes cándidas, de miradas puras, como esa juventud apiñada alrededor nuestro en Cariño, la humildad de estos pueblos, en donde las ideas entran, revolucionando las conciencias, a los grandes mítines de las metrópolis, en donde el público acude a oír a los oradores como a un espectáculo público, comentando los discursos como los partidos de fútbol, las funciones de teatro o las corridas de toros.

¡Cariño! ¡Pueblecito bello y simpático, de imborrable recuerdo para mí! ¡Cuán gratas fueron las horas en él pasadas, nuestras correrías a través de los campos, junto al mar encrespado, contemplando «la escuadra», como decía Sendón, las barcas de pesca ancladas en el puerto, esperando que el temporal amainase para salir!

¡Espectáculo inolvidable el del océano furioso, levantándose en olas de espuma, rugiendo ante nosotros, sombrío e imponente! Al salir del mitin, bajo una lluvia fina y un viento que helaba, fuimos a contemplar el espectáculo alucinante del mar. Los hombres no habían salido, a causa del temporal, y las barcas danzaban a merced de las olas. En la obscuridad de la noche, oíase el grito iracundo del Atlántico; las montañas de espuma rasgaban la noche con lívidos resplandores, tenuemente iluminadas por los faros. Cariño, recogido en el regaño de sus montañas — esas dos montañas que el instinto poético de Suárez ha descubierto macho y hembra y enamoradas la una de la otra; duro y agreste el primero, dulce y lánguida la segunda —, permanecía silencioso y encogido, no oyéndose durante toda la noche más voz que la poderosa y dominadora del mar.

Al día siguiente, el temporal ya había calmado. Salimos a recorrer las playas hasta muy lejos, cru-

zando los campos húmedos, hundiendo los pies en la alfombra de los prados.

Al regreso, entré en una de esas fábricas de embalar sardinas que son el comercio y la explotación del proletariado carriñense, donde las mujeres ofrendan su salud por unos miserables reales. ¡Qué contraste! Junto al esplendor y la grandeza de la Naturaleza, la miseria y el sufrimiento humanos, im-

puestos por la injusticia de un mundo mal organizado!

Quiero hablar más extensamente del trabajo de las sardineras, y ese artículo ya es demasiado largo. La próxima semana terminaré esta impresión de Carriño, símbolo de Galicia, con su drama y su gloria, su dolor y su alegría.

FEDERICA MONTSENY

«EL MUNDO AL DÍA»

Continuamos abrigando la esperanza de que el volumen próximo de «El Mundo al Día» lo compondrá el tantas veces anunciado del camarada R., «Los crímenes del nacionalsocialismo». Está ya compuesto y pronto a tirarse. No esperamos más que la desaparición de la censura, que confiamos en que no se hará esperar muchos días, pues sería cosa nunca vista en España convocar nuevas elecciones y empezar el período electoral sin que estén en vigor todas las garantías constitucionales.

No necesitamos destacar la importancia de este volumen verdaderamente excepcional, en el que son puestos de manifiesto los medios de represión de que se ha valido el nacionalsocialismo alemán para acabar con las ideas de libertad en la patria de Goethe y de Heine, rebajando el nivel moral de un pueblo desgraciado, víctima de un triste destino histórico.

El compañero R. ha acumulado en este magnífico volumen una cantidad tan abrumadora de documentos, de testimonios directos de la barbarie desencadenada del fascismo en Alemania, que resulta una requisitoria formidable contra los que tal estado de cosas han producido. Todos los trabajadores del mundo han de leer estas páginas severas, desgarradoras, en las que se muestra al desnudo la tragedia inenarrable que viven los hombres de izquierda — comunistas, sindicalistas, anarquistas, simples pacifistas — en la Alemania moderna.

Conformes con nuestro procedimiento habitual, reproducimos el índice de capítulos de «Los crímenes del nacionalsocialismo»:

PRÓLOGO: El origen del movimiento nacionalsocialista. — Los héroes del hitlerismo: Schlagetter y Wessel. — Goering. — Goebbels. — Ley. — Rust. — Frank. — La gran provocación. — El crimen cometido contra Van der Lubbe. — El terror, los campos de concentración, los asesinatos y secuestros. — La

destrucción de la cultura. — La locura nacionalsocialista. — El antisemitismo. — La militarización de la población. — ¡Ay de ti, cochino obrero! — El no cumplimiento de sus promesas sociales es el mayor crimen del nacionalsocialismo. — Conclusiones.

Este folleto constará de 48 páginas de texto, avalorado con una impresionante fotografía de Músham, el ilustre poeta y compañero alemán sacrificado por el nacionalsocialismo, y con portada de un dibujante emigrado de Alemania, escapando al terror gubernamental.

Se venderá a 40 céntimos ejemplar, con el acostumbrado descuento a los corresponsales y vendedores.

¡Los que lean «Los crímenes del nacionalsocialismo», no lo olvidarán jamás!

EDICIONES DE «LA REVISTA BLANCA», Escornalbou, 37. — BARCELONA

VISADO POR LA PREVIA CENSURA

clavo, de los atributos humanos: es la afirmación de la vida. Y el arte debe afirmar ese principio para dignificarse y elevar la condición del género humano.

La esclavitud, al contrario del principio de libertad, es la negación de los derechos, la antítesis de la vida. Hegel fundó este principio antinómico del contrato social, y buscó una superación filosófica y moral de este estado de cosas. Pero sólo Fuerbach, del ala izquierda de la escuela hegeliana, supo ver la síntesis del movimiento positivista y de la vida en la transformación del orden vigente por medio

de una revolución subversiva del medio. Y esta es la misión del arte positivo, considerado en un plano subjetivista y ético.

La negación de sensibilidad artística es todo lo que tiende aniquilar al más débil y a anular la personalidad humana, puesto que atenta contra los principios naturales de la vida y es un factor negativo del arte y del progreso. Lo que respeta al hombre y fomenta su personalidad social como individuo y entidad pensante es un factor positivo del arte y afirma la ética del pensamiento y de la vida.

F. ALBA

Tierras de España

Impresiones de un viaje por Galicia

IV



OR la noche, después de cenar, Sendón y Baella salieron a tomar café, cambiando impresiones con los camaradas de Santiago. Yo preferí quedarme en mi cuarto de la fonda, confortable y tibio, hasta el cual llegaban, apagados, los rumores de la calle. Pasadas las diez de la noche, la gente transita poco por las vías. La ciudad se recoge pronto, quedando sólo unos cuantos noctámbulos que acuden a las tabernas, lugares de placer y de reunión obligados.

Descubrí algo nuevo: que Santiago huele a incienso. Este olor penetraba en mi cuarto, indefinible y sutil, formando algo así como «el aire» de la vieja villa, poblada de estudiantes y de canónigos.

Al día siguiente, después de almorzar, resolvimos aprovechar las dos horas que nos quedaban hasta la salida del auto de línea que debía llevarnos a La Coruña, visitando la catedral. Llovía. Lluvia menuda, fría. Cielo plomizo y una humedad difusa por el ambiente, que enfriaba, sin llegar a molestar. Celestino vino a vernos y nos acompañó hasta la puerta del viejo templo.

Para mí Santiago tiene una primicia: allí oí la primera misa que he presenciado en mi vida. Celebrábase oficio y asistimos a él, en calidad de espectadores. Nadie nos dijo ni una palabra, a pesar de que yo llevaba la cabeza descubierta y de que transitábamos por en medio de las beatas arrodilladas, cerca de los confesionarios, en donde bisbiseaban los curas y las viejas. Admiramos el aspecto artístico e incluso Sendón descubrió algo notable en la arcaica iglesia: una pila de agua bendita, encima de

la cual había un letrenillo que rezaba: Se ruega no escupir». Lo que es todo un símbolo.

Salimos con tiempo justo para coger el auto, corriendo bajo la lluvia, sin paraguas, habituados ya a esta humedad permanente. Llegamos y nos colocamos donde nos fué posible, mezclados con las campesinas que solían de vender sus productos en Santiago y que aceptaban las comodidades de la civilización, a pesar de sus trenzas colgantes y de su arte ancestral. El campesino gallego vive situado doscientos años atrás, en lo que a costumbres y vestuario se refiere. Pero, como todo el mundo, acepta aquellos beneficios que la civilización le ofrece sin reparos y sin remilgos.

Otra vez el gallego, que se habla tanto como el catalán en Cataluña. Y esa cordialidad, ese diálogo fácil, esa camaradería simpática, inmediatamente establecida. Sendón y yo hemos podido colocarnos en un departamento cómodo. Baella queda relegado en el fondo, y entre dos monjas, por si ello fuera poco.

De nuevo el paisaje. ¡Y qué paisaje! Veo una de las glorias de Galicia, uno de los lugares maravillosos, en cuya contemplación el alma se abisma y la mirada jamás se cansa: el valle de Barcia.

¡Prodigioso panorama! ¡Cómo que el que lo ha visto una vez no lo olvida nunca! El día es ingrato. Además de la lluvia, hay niebla. Pero el verdor espléndido del valle, la alegría de los riachuelos, la belleza sin par de los rincones que forman las montañas, haciendo como un remanso, triunfan una vez más de la Naturaleza. Es bello, bello, bello, hasta no encontrar palabras para expresarlo.

— ¡Si lo vieras en junio! — me dice Sendón —. Cuanto ahora es verdor, entonces es campo florido. Todo este valle, salpicado de árboles y de caseríos,

surcado por el agua, es una inmensa maceta de flores. No se ve más que una nota de color deslumbrante, en la que la mirada se embriaga.

Callo y admiro, sin hallar frases que expresen mi admiración y mi contento. Pasado el valle, el paisaje continúa siendo lo que he visto constantemente en Galicia. Hasta que aparece La Coruña. La descubro con alegría. Cuando llegué, el martes, apenas pude ver nada. Estamos a sábado, y he pasado ya cuatro días en Galicia.

¡La ciudad de cristal! Todas las casas constituyen un enorme blanco para las pedreas. Las galerías, que en Cataluña están situadas en la parte trasera de las casas, aquí cubren la fachada frontera. Y la ciudad se extiende serpenteante, flanqueada doblemente por el mar. Es una especie de lengua de tierra que penetra en el agua. A un lado, el puerto. Al otro, las olas bramantes del Orzán.

Llegamos a La Coruña al mediodía. Cheda nos espera con otra carta para mí. Después de comer, quedamos citados para dar un paseo en auto — un compañero chofer se nos ofrece — hasta la Torre de Hércules y el paseo del Orzán.

Aceptamos la invitación y realizamos el viaje. Incluso me enseñan el interior del Ayuntamiento, confortable palacio que los camaradas tienen ya distribuido, el día que la Comuna libre sea proclamada en la capital de Galicia. Vamos un grupo jocoso, pilotado por el mismo chofer del viaje a El Ferrol.

Corre el auto bajo la lluvia, entre la niebla, que nos priva de la vista del mar. Llegamos hasta la torre de Hércules, imponente bajo el cielo gris. El viento azota nuestros semblantes y la lluvia cala mi cabello. Pero es tan formidable la grandeza del espectáculo, que permanecemos un rato extáticos mirando las montañas de espuma que se estrellan a lo lejos, la carrera de las olas, persiguiéndose las unas a las otras, desplomándose al fin sobre los acantilados.

Volvemos a coger el auto y recorremos la carretera que da la vuelta a La Coruña, dirigiéndonos hacia el Orzán. Allí nos paramos otra vez y desde el coche contemplamos la visión alucinante del Atlántico.

— Y esto aun no es nada — me dicen los compañeros —. A veces las olas son tan altas, que barren totalmente el paseo, llegando hasta las casas del barrio.

Hay allí un juego de corrientes. Las olas chocan unas con otras y cuanto mayor es la violencia de este choque, más grande es la altura que alcanzan y más terrible su caída sobre la costa. Ver al Orzán furioso, es uno de esos espectáculos de la Naturaleza que no todos los mortales pueden admirar. El corazón se encoge, el alma queda como sobrecogida, ante la bravura, el fragor, la enormidad de las fuerzas ciegas del Océano, ante las cuales quedamos reducidos a nuestra verdadera e insignificante personalidad cósmica.

El mar ha ejercido siempre sobre mí una atracción extraña. Hay personas que se cansan del es-

pectáculo del agua, encontrándolo monótono, que prefieren la diversidad de las montañas. Por mi parte, permanecería horas enteras contemplando el mar sin cansancio, seducida, como hechizada, fascinada por esa atracción del mar sobre algunos temperamentos. Y si esto me ocurre con nuestro tranquilo Mediterráneo, tan dulce, siempre en calma, ¡qué no ha de ocurrirme con el Atlántico, frenético, rugiente, siempre renovado, de aguas oscuras y tormentosas! El mar que no conoce la paz, que ignora el silencio; el mar que inmortalizaron los versos desgarradores de Guerra Junqueiro.

Por la noche tenía la primera de mis conferencias coruñesas: Una charla para las cigarrerías, un «Sólo para mujeres», al que asistieron la mayoría de las obreras de La Coruña. Los camaradas tuvieron la buena iniciativa de organizar el acto de modo que ningún hombre tenía derecho a entrar y ocupar un asiento, si antes no se habían colocado las damas. De esta manera se garantizaba por igual la presencia de las mujeres que la de los hombres.

Recuerdo que me produjo una sensación singular el ambiente de aquel acto, en el que predominaban las viejas cigarrerías, las chaconeras, como se les llama en La Coruña, un día dominadas por el político Chacón y que hoy van despertando lentamente a la vida obrera, integrándose a las luchas y a los problemas del proletariado.

Al día siguiente teníamos el gran mitin del Rosalía de Castro. Y, para postres, otro mitin en Carballo. Y no contentos con esto, me hicieron una jugada de la que me acordaré toda mi vida. Después de la hora y media larga que hablé ante las cigarrerías, me vi obligada a dar una charla de unos minutos en un cine de las afueras, jugarrera que me sacó de quicio y me hizo decir una serie de barbaridades a los camaradas. Pasado el malhumor del primer momento, les perdoné de buena gana.

Quería conservarme la voz clara y la cabeza despejada para el mitin y era una atrocidad fatigarme más de la cuenta. Por fortuna, resistí mejor de lo que he resistido otras veces.

¡Cómo recuerdo el aspecto imponente que ofrecía el teatro, cuando penetramos en el escenario del Rosalía! Amplio, de elegantes proporciones, abarrotado de un público simpático, atento, correcto, entusiasta. La Coruña supo aparecer ante mis ojos con tales contornos de comprensión, de fervor ideal, de curiosidad nobilísima, de pasión por el estudio, de ansia por asimilar nuestras ideas, que muchas veces la recordaré como arquetipo de multitudes ejemplares, ante las que todos los oradores han de sentirse comprendidos, pueden experimentar esa satisfacción de la labor fecunda que sostiene y que anima para la lucha.

Hablamos tres oradores, y Moreno presidió. Primero Sendón, que debía salir inmediatamente para Corcubián con Baella y el camarada Posas, acerca de la amnistía y del problema de los presos. Después Anil, un compañero que me hizo una gran impre-

sión en la tribuna. Rudo, de lenguaje primitivo, orador en bruto, por así decirlo, pero con una gran fuerza moral y el atractivo propio de la espontaneidad, de lo natural y sencillo. El pueblo le quiere, porque fué brutalmente apaleado durante una huelga y porque es él mismo, formando conciencia de sí propio, remedando la frase de Reclus.

Después hablé yo, siendo escuchada con atención y con respeto, por parte incluso de los elementos políticos, que habían acudido igualmente al mitin. Diálogo cordial, sereno, sin tonos bruscos, sin violencias, de eco comprensivo. Diálogo de emoción, de pasión en mí, comunicándose a las masas, que vibraban, gracias a esa fuerza expansiva de nuestras ideas, que captan y seducen inmediatamente los cerebros y los corazones. No recuerdo lo que dije. Creo que estuve bien, que hablé de muchas cosas y que fui concisa y clara en la exposición de los múltiples problemas planteados, el mayor de los cuales es en Galicia esa corriente popular favorable a una unidad de la clase obrera. Encauzarla, orientarla, darle conciencia y finalidad por encima de las ambiciones y de los objetivos políticos, era la labor a hacer y la realicé en la medida de mis posibilidades y de mis fuerzas.

Por la tarde fuimos a Carballo, un pueblo campesino situado a una hora o poco menos de auto de La Coruña. Allí hablé poco, pues me sentía cansada. Y el lunes debíamos salir para Lugo y Vivero. A última hora resultó que no pudo organizarse el

acto de Vivero y no salimos para Lugo hasta el martes por la mañana.

Aprovechamos el lunes para recorrer de punta a punta La Coruña. Sendón era mi guía, pues los demás -- Baella incluso -- trabajaban. Recuerdo el Jardín de los Ingleses, con la tumba del general Moore en medio, desde el cual se ve el fuerte de San Antón, en el que estuvo preso Casares Quiroga antes de que la República le convirtiese en el Scarpiá de Casas Viejas. Es un castillo separado de La Coruña por el mar. Húmedo, siniestro, de aspecto parecido a la fortaleza de If, frente a Marsella. Por allí han pasado, además de Casares, todos los camaradas significados de Galicia, en las épocas de represión, que no han sido pocas. Rompí las suelas de dos pares de zapatos, pero no me escaparon ninguna de las bellezas naturales de la capital gallega. Y lo que en este lunes de caminatas constantes no pude ver, lo vi en los días que me tuvo en La Coruña, medio ociosa, la caída del gobierno Chapa-rieta.

¡Na Cruñal Llana, de clima tibio, de ambiente dulce, alegre y acogedora. Frente al mar, dominándolo, desafiándolo, el monumento a Curros Enríquez, obra de arte moderno, audaz y magnífica, simboliza a este genio celta, del cual Galicia conserva la tradición y el espíritu, en la belleza salvaje de sus hijos y en el esplendor único de su naturaleza.

FEDERICA MONTSENY

NOTICIAS

Hemos recibido Terra Lliure, semanario anarquista en catalán. Buena lectura y presentación esmerada.

Dirección: José Mateu, Milá y Fontanals, 24. Gracia. Barcelona.

• • •

Nos comunican que pronto empezará a publicarse en Puerto de la Luz una colección de folletos titu-

lada «El Folleto del Pueblo». El primero estará escrito por el camarada Fraterno Torres.

Dirección: N. Padrón. Apartado de Correos 32. Puerto de la Luz (Gran Canaria).

Un compañero, enfermo, necesitaría realizar una cura de reposo en casa de campo de vegetarianos o afines. Escribir a esta Redacción.

SE HA PUESTO A LA VENTA:

«LEY DE HERENCIA»

Drama social en cuatro actos, escrito
por FEDERICO URALES

64 páginas

*

75 céntimos

COLECCIÓN "TEATRO SOCIAL"

EDICIONES DE "LA REVISTA BLANCA" - Escornalhou, 37 - Barcelona

Tierras de España

Impresiones de un viaje por Galicia

V



L viaje hasta Lugo no tuvo para mí nada de particular, pues conocía el terreno. Llegamos a Lugo cerca de las dos de la tarde. La vieja ciudad gallega es la que mayor impresión de arcaísmo me dió.

La rodea una muralla de un metro y medio de espesor, paseo circular que recorrimos, apreciando desde la altura el aspecto medieval de la villa.

Por la tarde, después de comer, salimos a dar un paseo. Recorrimos la ciudad, llegando hasta el parque de Rosalía de Castro, que será un bello rincón cuando el arbolado haya crecido. Desde una de sus mirandas, contemplamos la huerta lucense, la perspectiva poética del Miño, serpenteando, bañando las laderas, haciendo fértiles las tierras y cortando con una nota brillante la rudeza de un paisaje áspero.

Nos acompañaban un grupo de camaradas de Lugo, entre los que recuerdo a Alvarez, alma de la propaganda, tan leal, tan entusiasta, una de esas figuras anónimas de nuestro movimiento, que son la riqueza desconocida de las ideas. A Castro, de Monforte, joven y dinámico, y a unos cuantos compañeros más, cuyos nombres desconozco, pero que me produjeron una impresión muy grata.

El mitin estaba anunciado para las siete, creo, y un cuarto de hora antes llegó un enviado del gobernador, declarándolo suspendido, con motivo de la caída del gobierno Chapaprieta.

Nos encontramos reunidos en Lugo cuatro oradores en calidad de dispomibles: Sendón, Baella, la que esto escribe y Moreno, el hombre que hace tarde siempre y llega no obstante a la hora. Es este el rasgo distintivo de su carácter y la causa de múltiples accidentes en la propaganda. Es cosa sabida, cuando ha de irse a un sitio, que Moreno hará tarde. Sin embargo, cuando empieza el acto, sabido es también que Moreno aparece, llegado nadie sabe cómo: en auto, en burro, en avión o sobre la alfombra mágica de «Las Mil y una Noches».

Efectivamente: por la mañana, según costumbre, Moreno no llegó a la hora de salir el tren. Pero cuando estábamos reunidos con los camaradas en el café, después de comer, hizo su aparición con el desenfado habitual. Los compañeros le dicen barbaridades por esa manera de ser suya, tan singular. Por fortuna, jamás se enfada, ni cuando Prego imita sus ademanes tribunicios y su voz apocalíptica.

La fonda en que nos hospedamos estaba situada al otro lado de la muralla, muy cerca del teatro

Principal. Al pasar por delante de éste, Sendón me dijo:

— Mira, aquí hablé con José María Martínez poco tiempo antes de su muerte.

Una vaga melancolía nos invadió. Hacia un año de su fin tan trágico, y el recuerdo levantado por Sendón hizo nacer en nosotros tristes sugerencias. Desde entonces hasta hoy, ¡cuántas cosas han pasado! ¡Cuántos muertos, cuántas vidas por siempre más truncadas: cuántas existencias con el destino torcido!

Debíamos dar el mitin en la plaza de Abastos y habría sido un llenazo formidable, a pesar de que los socialistas, con esa falta de tacto y de solidaridad con los demás sectores obreros que les caracteriza, habían organizado otro mitin a la misma hora y en un local situado frente a la plaza donde debíamos hablar nosotros.

La gente fué desfilando, al recibirse la noticia de la suspensión, con gran disgusto y en medio de algunas protestas. Para acallarlas, seguramente, el gobernador autorizó, por lo menos, una charla en el local de los Sindicatos, que se celebró al día siguiente y que fué un pequeño mitin ante el público reducido que permitía la capacidad del local, harto exiguo.

Guardo una impresión muy grata de Lugo y la actividad modesta y tenaz de los compañeros. ¡Qué hermoso espectáculo el que ofreció ante mis ojos la escuela, funcionando, repleta de niños y de niñas, actuando de profesores unos jóvenes estudiantes, llenos de buena voluntad y de abnegación, que, luchando con el ambiente conventual de la vieja ciudad, enseñan las primeras letras a los hijos y a las hijas de los obreros!

Recuerdo especialmente una niñita de unos tres años, rubia y encantadora, que me recordaba a mi hijita. Calzada con unas katuskas y con el pelito recogido en dos graciosas trenzas, es la Benjamina del colegio. Sentada en su sitio, empieza a garrapatear en una libreta, imitando lo que hacen las niñas mayores. Cuando está cansada, trasládase de un regazo a otro, sin meter ruido, arrimándose como una gatita a los que le prodigan caricias.

Dimos la charla en este ambiente agradable, de camaradería y de esfuerzo generoso en pro de la causa. Ella no pudo sustituir al mitin, que habría sido necesario en Lugo, después del desengaño sufrido por los trabajadores a raíz del movimiento de octubre. En Lugo se hizo la unidad obrera revolu-

cionaria y los trabajadores secundaron la huelga general que culminó en la tragedia asturiana. Y precisamente a consecuencia de la unidad, rota por los socialistas, hoy las luchas de tendencia se han enconado más que nunca en esa ciudad. Hay un ambiente de hostilidad, un problema de resquemor producido por las decepciones de este primer ensayo, que necesitan sea cauterizado por una labor de capacitación obrera y de difusión de nuestras ideas, susceptible de producir una reacción simpática entre las masas, desilusionadas ante el fracaso de este intento de unificación, abortado por culpa de los que, fatalmente, malograrán cuantos intentos de aproximación se lleven a la práctica.

El miércoles por la mañana salimos por La Coruña otra vez. Estábamos a jueves y yo me decía que, caído el Gobierno y con todos los actos públicos automáticamente suspendidos, lo más cuerdo era dar por terminada la excursión de propaganda, ya que no era posible que yo me estuviese con los brazos cruzados en La Coruña, dejando en casa un montón de trabajo y sin hacer nada de provecho en ningún sentido.

Con este ánimo llegué por tercera vez a la capital de Galicia. Cheda me dijo tan pronto descendimos del autobús:

— No pienses en marcharte. Para esta noche tienes una conferencia en el Cine Doré, organizada por la Federación Local.

— ¿Y autorizada?

— Aun no lo está, pero hacemos gestiones.

Se consiguió permiso, al fin, no tan sólo para aquella, sino para dos más, que fui dando en el mismo local, abarrotado de trabajadores de los dos sexos. Recuerdo esas tres conferencias como algo que será memorable en mi vida de propagandista. Jamás pude suponer que alrededor mío y de las ideas por mí expuestas, se congregara un entusiasmo, una buena voluntad, un fervor ideal tan grandes, tan ejemplares, tan magníficos.

La primera se tituló «El anarquismo, su fin y sus medios». La segunda, organizada por las Juventudes Libertarias, fué la continuación de la primera. Y la tercera, organizada por el Sindicato de Pintores, algo así como el resumen general de las otras dos. El público iba cada noche al Doré en número más abrumador. Era una masa humana compacta e imponente, que invadía el local hasta los techos, que no dejaba un rincón vacío, que colocaba un hombre o una mujer en cuantos resquicios ofrecía la posibilidad del terreno. Se llenaban los corredores, el vestíbulo, hasta la puerta, aun no siendo posible que mi voz llegase hasta allí. Y en medio de un silencio absoluto, de una corrección, de una paciencia impresionantes. Nadie se quejaba, a pesar de que muchos no podían oírme más que truncadamente. Las mujeres, sobre todo, ocupaban el local mucho antes de la hora, infatigables, con un anhelo por escuchar, con un frenesí por saber por mí aun nunca vistos.

Porque aquello ya no era la curiosidad por ver al orador nuevo — y más si es una mujer — que llena muchas veces los locales. Aquello era la pasión por las ideas, que yo explicaba lo mejor que podía, superándome a mí misma por aquel imperativo de la voluntad popular que me exigía ser digna de la atención despertada. Gente de todas las clases sociales, hombres y mujeres de toda condición, escuchaban, discutían luego, apuntaban títulos de libros por mí citados, dispuestos a investigar, a beber en la fuente de las ideas por mí divulgadas. Ignoro hasta dónde la labor de momento hecha habrá sido fecunda. Sé por experiencia de qué modo las palabras se las lleva el viento y cómo, muchas veces, el fuego producido por los oradores es hoguera de virutas, destinada a consumirse muy pronto. Pero todos esos jóvenes de ambos sexos que apuntaban títulos de libros, que buscaban el origen de las ideas, que expresaban su deseo por profundizarlas y por conocerlas ampliamente, son esperanzas futuras. Son, por lo menos, el exponente de un interés, de un entusiasmo, de unas multitudes nuevas abiertas a todas las inquietudes.

La primera impresión producida en mí por La Coruña no fué desmentida en el resto de esta semana, tan grata y tan prolífica. ¡Bella ciudad caballeresca, vibrante y pasional, de masas estudiosas y de individualidades conscientes! ¡Cómo no la olvidaré nunca!

Durante el día, Sendón y yo continuábamos las correrías iniciadas el lunes. Esperábamos al domingo, confiando en que de un momento a otro se resolvería la crisis. Porque el domingo debíamos hablar reunidos otra vez en el mitin de apertura del Pleno Regional Galésico, en Orense.

En una tarde dimos la vuelta a La Coruña, desde la Rotonda hasta entrar de nuevo en la ciudad por el lado de la Torre de Hércules. Paseo maravilloso, vadando el mar, siempre con el vigía altanero ante nuestra vista.

Con Baella fuí, el sábado por la mañana, a visitar otra cosa para mí notable: la Cocina Económica, fundada por un viejo librepensador y republicano, obra solidaria, que no tiene otro defecto que haber caído hoy en manos de la caridad oficial. Pero al frente de ella hay un hombre inteligente y de espíritu amplio, que sabe dignificarla y dar al desempeño de su misión un calor humano, una comprensión del alma de las criaturas colocadas por la injusticia social fuera del banquete de la vida, que hace de aquel establecimiento algo único en su género. Por veinte céntimos cualquier hombre o mujer, no importa de donde venga, come en la Cocina Económica dos platos, por lo menos, de comida abundante y sana, hecha con alimentos nutritivos y de inmejorable calidad. Y el que llega allí también sin dinero, come igualmente, pues el lema del fundador, verdadero filántropo que a ella dedicó su fortuna, fué: «Que nadie salga de aquí con el estómago vacío». Por veinte céntimos come no importa quién

mucho mejor de lo que se come en una de esas tabernas proletarias que hacen pagar una peseta por un plato de cocido y un principio. Pero la idea que inspiró al fundador fué no humillar al pobre con la ofensa y el envilecimiento de la caridad. El hombre que paga su comida se siente colocado en un plano de igualdad con sus semejantes. Su orgullo, la dignidad de la personalidad humana, quedan a salvo. ¡Sutileza psicológica que me sorprendió y y me hizo ver hasta qué punto era inteligente y comprensivo el hombre que dió alma y vida a esta iniciativa! Su idea es de tal manera interpretada por el director actual del establecimiento, hombre simpático, liberal y de inteligencia abierta, que yo misma vi de qué manera cortés daba explicaciones y

se disculpaba ante un comensal que protestaba de que el caldo gallego — cinco céntimos el plato, que vale, como mínimo, en materias primas, lo menos quince — no estaba lo bastante sabroso, faltándole o sobrándole sal, no lo recuerdo.

A medida que se acercaba el fin de mi estancia en La Coruña, no podía sustraerme a una vaga melancolía. Me encarné de tal forma con ella, con aquel ambiente grato y simpático, con las amistades anudadas, que el pensamiento de la marcha me entristecía como nos entristece alejarnos de un ser querido o de un lugar amado.

Estoy ya en la última etapa de mi viaje por Galicia. Mañana salimos para Orense. Fin de la «tournée» de propaganda. FEDERICA MONTSENY

CORREO LIBRE

A R. Puig y demás compañeros de Poble de Lilet. — Nos sorprende mucho lo que nos decís sobre la Biblioteca de esa localidad y de sus disposiciones con referencia a La Novela Ideal y a «Entre campesinos». No puede haber ninguna disposición legal, pues nosotros seríamos los primeros en conocerla, que fije la edad para la lectura de dichas publicaciones. Dudamos que haya artículo alguno del reglamento de las Bibliotecas de Cataluña que así lo disponga expresamente, y nos interesaría conocer

concretamente este extremo. Para nosotros se trata sencillamente de un capricho de interpretación de la Dirección de dicha Biblioteca o del personal que la regenta. Así podéis manifestarlo con toda claridad.

Antomo. — Las sugerencias que nos haces sobre la obra de Draper «Conflictos entre la religión y la ciencia», las tendremos en cuenta. Todo depende que nuestras posibilidades nos sean favorables en el momento oportuno.

«EL MUNDO AL DÍA»

Conforme hemos venido anunciando repetidamente, el próximo volumen de «El Mundo al Día» se compondrá de un interesantísimo estudio, escrito por el camarada Felipe Aláiz y titulado «La salud por la autodisciplina: El deporte, su función social y su carácter espectacular».

Se trata de un análisis detenido de lo que es el deporte y de lo que podría ser, señalando los errores en que incurre la juventud actual y sentando las bases de una concepción verdaderamente sana y libertaria de la cultura física, de enorme interés para los estudiosos y para cuantos comprenden la importancia de estos aspectos de la vida social moderna.

Nada mejor que el índice de capítulos, para dar idea de la amplitud y la importancia de este volumen amenísimo, escrito con la pluma ágil y el espíritu cáustico de quien es el primer y el único periodista de nuestros medios.

He aquí el sumario de «La salud por la autodisciplina: El deporte, su función social y su carácter espectacular»:

I. ¿Qué es el deporte? — II. Las juventudes deportivas. — III. Deporte y turismo. — IV. Pequeño mapa deportivo de la época. — V. La literatura y el juego en el deporte. — VI. Hacia el mañana mejor.

«La salud por la autodisciplina: El deporte, su función social y su carácter espectacular», volumen XII de «El Mundo al Día», se compondrá de 32 páginas de viva y cautivante lectura y se venderá al precio de 30 céntimos.

EDICIONES DE «LA REVISTA BLANCA». — Escornalbou, 37. — BARCELONA

Tierras de España

Impresiones de un viaje por Galicia

VI y último



L sábado, a la madrugada, salimos para Orense. Pero el viernes por por la noche fui testigo de un incidente curioso, producido por la consabida estupidez policiaca.

Como el Comité Regional debía llevar a Orense toda la documentación precisa para presentar estados de cuentas e informes al Pleno, resolvieron traer a la fonda donde yo me hospedaba todos los legajos, que ocupaban una caja y una maleta a fin de ir con todo a la estación con un auto. La policía se dio cuenta de las idas y venidas que con motivo de este asunto se producían y un inspector y dos agentes se presentaron en la fonda, preguntando a Baella, qué era lo que contenían los trastos en cuestión. Baella les contestó que se trataba de las actas y estados de cuentas del Comité, y los policías se retiraron sin insistir.

Mas al regresar yo de la última de mis conferencias y en el momento mismo en que me instalaba en una mesa para cenar, se acercó a mí el dueño del hotel, con el semblante alterado, diciéndome que había cinco señores en el «hall» que me esperaban. Me levanté y me encontré con el mismo inspector y cuatro agentes, con mandamiento judicial autorizándoles para abrir el cajón y la maleta objeto de sus angustias. Con motivo de esto hubo un vivo diálogo entre ellos y yo, pues se empeñaban en hacerme responsable de lo que contenían los dos objetos y yo, a la vez que me burlaba de ellos, me negaba a reconocer como mio algo que no me pertenecía y que iba consignado a Orense, siendo «como yo, un bulto más».

Al cabo desclavaron la caja, tras muchos esfuerzos y entre la expectación del dueño del hotel y de los comensales, que sacaban la cabeza para ver lo que ocurría. Al no encontrar nada de particular, clavaron otra vez la caja y se marcharon un poco abochornados.

La salida de La Coruña, aún noche cerrada, producía en nuestro ánimo una sensación de vaga tristeza. Las calles silenciosas y desiertas, pobladas sólo por la niebla, el rumor del mar cercano, el espectáculo de la ciudad dormida, ¡qué melancolía producía en mi alma! Camino de la estación encontramos a la buena Sebastiana que quiso acudir a ella a despedirme. Paramos el taxi, haciéndola subir. Nos conducía el mismo chofer del viaje a El Ferrol, compañero de nuestras correrías por varios pueblos de la comarca. Al arrancar el tren saludé con la mano y con el corazón a La Coruña, de tan buen

recuerdo, tan generosa y tan noble conmigo.

El viaje fué muy agradable. Ibamos un grupo nutrido de compañeros, delegados al Pleno, los representantes del Comité Regional, Sendón, Baella y yo. Charlamos de todo amigablemente, enfrascándonos en discusiones apasionadas, sin que nunca se agrase diálogo alguno. Después la belleza del paisaje, la diversidad de matices de la incomparable tierra galaica nos arrancó a las discusiones trascendentales para proyectar nuestra atención sobre lo que veíamos. Bosques maravillosos, prados de ensueño, arroyuelos cristalinos, ríos de mansas y caudalosas aguas, caseríos blancos, senejando gaviotas con las alas extendidas, aparecían aquí y allá, multiplicándose ante nuestra vista. Unas veces el paisaje era bravo, áspero, imponente como las montañas del Chorro y las rocas de Despeñaperros. Otras dulce, apacible, niente, cálido, como el valle de Barcia, sin igual en el resto de España.

-- ¡Maravillosa, incomparable Galicia! -- repetía yo con entusiasmo.

Muchos de los compañeros que iban conmigo desconocían aquello como yo misma y lo descubrían con el mismo gozo e idéntico deslumbramiento. Eran gallegos casi todos, y a la admiración por la belleza se unía un sentimiento de orgullo muy curioso, propio de la naturaleza humana y que pasa por encima de todos los internacionalismos.

Hasta las dos de la tarde no llegamos a Orense.

-- La ciudad más gallega de Galicia -- me decía Sendón.

Confieso que guardo pocos recuerdos gratos de la gallega ciudad de Orense. Topamos con un gobernador, catalán por más señas, de espíritu reaccionario y que se propuso reventarnos el mitin y, a ser posible, el Pleno. El mitin lo reventó a conciencia, no autorizándolo hasta media hora antes de las doce, cuando estaba anunciado para las diez y media, no permitiendo la colocación de pasquines y poniendo cuantos obstáculos halló al alcance de su mano para que no se celebrase. Tuvimos que sostener conferencias telefónicas con Madrid, para que los compañeros activasen gestiones presionadoras sobre la voluntad del Poncio orensano, y telefonar al propio Portela, recién estrenado como gobierno, exigiendo el cumplimiento de las disposiciones gubernamentales, que el señor catalán eludía. Cuando no tuvo más remedio cedió, pero de manera que el daño ya estuviese hecho.

Deambulamos por Orense todo el sábado. Visitamos las famosas Burgas, fontanas de hirvientes

aguas, que sirven de calefacción a todo el pueblo. ¡Bien lo necesita, ciertamente! Nunca he sufrido tanto frío como allí, ni he visto devorar, devorando yo también, con tanta desesperación a Prego. En la pensión nos daban comida prudencial y los más hambrientos de nosotros quedaban con el estómago insatisfecho, suspirando por la abundancia coruñesa, que da más comida con menos apetito. Nos hospedábamos Comité Regional y oradores en una misma pensión y nos vimos obligados a hacer pactos entre iguales. Yo daba el vino a Cheda y Cheda me daba sus postres. Prometí la mitad de la tajada que me tocara a Prego, rabioso de hambre siempre, y un día cometieron el crimen de comérsela entre Sendón y Baella, por haber llegado tarde el usufructuario. No se produjo un drama porque no teníamos tiempo para dramatizar.

Recuerdo que aquel sábado por la noche me reí más que no he reído en toda mi vida. Prego empezó a caricaturizar a los oradores que había oído, no escapando títere con cabeza. Desde Pestaña a Villaverde — a pesar del afecto que todos le tienen — pasaron por aquel tubo de la risa. No se escapó el buen Moreno, ni quedó libre el gesto furibundo de Carbó. Arín era la fuente de donde sacaba mejor linfa el implacable satirizador. Y luego cayó sobre los oradores locales, contando anécdotas de la propaganda, de tal fuerza cómica que con todo ello se podría hacer el más hilarante de los sainetes. Yo decía:

— ¡A ver cuándo me tocará a mí pasar por estas horcas caudinas!

Nos acostamos tardísimo, ahuyentado el sueño por la charla, a pesar de que la noche anterior apenas habíamos dormido.

A la mañana siguiente, mientras me vestía, oía una voz tonante que llenaba toda la casa.

— ¿Quién será a estas horas? — me preguntaba.

Sendón aporreó mi puerta, gritándome desde fuera: — Levántate, que es tarde y está aquí Juan Expósito. ¿No lo oyes? ¿Es posible dormir, estando él en esta casa?

Era, en efecto, Juan Expósito, el simpático maestro, que había hecho cuatro horas de camino con su pierna coja, para venir, desde la aldehuela donde educa a los hijos de los campesinos, hasta Orense, a vernos y a saludarnos. Guardo una impresión excelente de este camarada, que se parece, moral y hasta físicamente, a Aláiz. De espíritu observador y crítico, de frase despiadada y certera, de carácter jovial y recto, resulta uno de esos tipos de anarquistas con personalidad bien definida, de criterio propio e independencia absoluta de juicio, que son la base fundamental de la vida y la fuerza de nuestras ideas en España.

Compartió con Baella, Sendón y yo las amarguras del mitin. La gente no se enteró de su celebración hasta cuando ya estábamos hablando, ante un teatro casi vacío — sólo estaban los delegados al Pleno que debía comenzar por la tarde y los camaradas de la

localidad. Y es cosa sabida que en un ambiente frígido no hay grandilocuencia posible. Estuvimos todos tan mal como pudimos, excepto Expósito, que estuvo bien o quizá estuvo mal, pero como no le había oído nunca y me gustó mucho, juzgué que había hablado excelentemente.

Por la tarde empezó el Pleno, y, después de haberme hecho pronunciar, contra mi voluntad, por estimarlo impropio, el discurso de apertura, me consideré desligada de todo compromiso y devuelta a mis lares, terminada ya la excursión de propaganda. Pero allí me encontré con los pescadores de Moaña y los ciudadanos de Vigo, furiosos porque habían quedado excluidos de la excursión por la caída del gobierno Chapaprieta, que nos confinó en Coruña. Estaban de tal forma enfadados y dispuestos a exigir tales responsabilidades al Comité Regional, que tuve que gastar todas mis facultades de persuasión para convencerles de que nadie era culpable de nada y que yo, ya que no podía quedarme, les daba la palabra de volver cuando quisieran, siempre que no quisieran demasiado pronto. Eran unos muchachos muy simpáticos, pero de genio tan borrascoso como el Atlántico — sobre todo el de Moaña —, y cuando les veía casi temblaba. Poco a poco les pasó el enfado y yo les cobré confianza, arreglándose el asunto satisfactoriamente.

Por la noche cenamos con los compañeros de la localidad Expósito y yo. Comida entre amigos y simpatizantes, pues hasta acudió a ella un socialista lector de nuestras publicaciones. Estaba allí el buen López, corresponsal nuestro, tipo rabelaisiano, injertado de San Francisco de Asís. Buena gente todos, plena de buena voluntad y que hace cuanto puede y sabe a favor de nuestras ideas, aunque los resultados no sean muy espléndidos.

El lunes por la mañana Sendón y yo realizamos en Orense la misma carrera circular que en Coruña. Visitamos cuanto valía la pena de visitarse: un Cristo al que le crece la barba, los alrededores y las calles principales. A las dos marchó para Noya y las minas donde trabaja, y Expósito, que presenció unas cuantas sesiones del Pleno, salió también para su escuela. A las ocho de la noche del mismo día debía emprender yo mi regreso a Madrid.

Por la tarde, el Pleno me hizo objeto de una prueba de reconocimiento y de simpatía que me emocionó profundamente, por lo inesperada. En compensación a que no aceptase retribución alguna por los días empleados en la propaganda, pagaron los delegados a prorrato una estilográfica y un lapicero que me ofreció Prego en nombre del Pleno. Casi se me saltaron las lágrimas, y el buen Prego estaba tan conmovido como yo.

Acabé el día paseando con Baella, y Cheda y él me acompañaron a la estación. A las ocho pasaba el tren que debía tomar hasta Monforte. A despedirme vino también un compañero leridano, que residía eventualmente en Orense, vendiendo churros, con los que me obsequió para el viaje.

Cuando se acercaba el momento de partir, sentía la misma melancolía que al marchar de La Coruña por última vez. ¡Qué buenos fueron todos conmigo, qué simpático y acogedor el ambiente, qué camaradería sincera y qué anarquismo a la antigua usanza, quizá poco cultivado, pero leal y sólido en la conciencia de sus hombres, todos dignos y honrados!

¡Noble tierra gallega! ¡Compañeros todos, que tan grata hicisteis mi estancia en la patria de Rosalía de Castro! No os digo: ¡Salud!, sino: ¡Hasta la vista! Volveré a veros, a estrechar vuestras diestras

cálidas, a contemplar vuestros semblantes abiertos en sonrisa cordial y amplia. Volveré a hablar a esas multitudes fervientes y vírgenes, levadura magnífica, blanda cera que podemos y debemos moldear, estimulándolas con el ejemplo y adoctrinándolas mediante una propaganda seria y consciente, de capacitación individual y colectiva, que estimule el sentido de la responsabilidad y que cree en todos y cada uno de los trabajadores una personalidad definida y libre.

FEDERICA MONTSENY

Consideraciones breves sobre lo absoluto



CURRE muy a menudo que nuestras concepciones sean limitadas, medidas, pesadas por esa tendencia innata en el hombre que le hace engañarse a sí mismo con la posesión de lo absoluto.

Lo absoluto es una abstracción cuando, saliendo del pequeño círculo de un hombre, se quiere medirlos a todos con el rasero que ese hombre labró para sí, a impulsos de su verdad, que no tarda en chocar con otras verdades no menos dignas de tenerse en cuenta, ya que el pequeño mundo mental que en sí lleva cada humano le impele a una particular observación de cada hecho, que le hace, naturalmente, discrepar de las personalísimas observaciones de sus semejantes, por lo que, tras un análisis metódico de un hecho, no podemos decir más que estamos en posesión de una verdad: la nuestra. Absoluta en lo que a nosotros respecta, pero relativa respecto de los demás.

No temo exagerar si digo que el sentido de lo absoluto quizá sea lo que influye más directamente en el estancamiento moral de la humanidad. Los humanos créense en posesión de la verdad. Y como sea que cada cual la ve desde un plano diferente, ocurre que quien más quien menos no ve más que su verdad, o a lo sumo la verdad de sus amigos, familia o raza, lo que le lleva a enemistarse con su vecino y, en ocasiones, a fratricidas guerras, fiel reflejo de su pobre mentalidad imbuida por el torpe afán de imponer un hecho que, si bien es para él una verdad inestimable, deja mucho que desear para los demás. Y en vez de razonar sobre la tal verdad o sobre la posibilidad de la existencia de varias verdades desprendidas de un mismo hecho observado desde un plano diferente, se acude a la violencia, que, lejos de esclarecer, enturbia el ra-

ciocinio y posibilita el odio embrutecedor.

Leyes, códigos de moral, son elaborados, basamentados por un sentido absoluto de las cosas y de los seres, lo cual imposibilita a ningún mortal para vivir de acuerdo con la ley escrita y los códigos de moral que no debieran nunca escribirse como humana regla; que no debieran nunca salir del claustro cerebral donde la idea debió ser la impulsora de las acciones, campo experimental, exponente de la bondad de la concepción que posibilitara el acercamiento de aquellos que, palmariamente, observasen la moral practicada más que enunciada o impuesta. Pero los enunciadores de moral jamás la practicaron como la enunciaron. Limitáronse a escribirla para aplicarla, imponerla, a la doliente humanidad.

Lo absoluto no tiene razón de ser en su expresión impositiva. Es, por otra parte, nulo el vallado que representa para las conciencias rectas que supieron desprenderse tiempo ha de rutinarismos arcaicos y lanzáronse a la observancia, al análisis personal y posibilitador de corrientes armónicas.

No existe nada que siendo criticable sea imperecedero, porque la crítica forma corrientes de opinión que abaten lo que, debido a su imperfección, no supo sustraerse a ella.

Cuando el hombre descienda del limbo en que le colocara su orgullo de rey de la creación — ¡pobre rey determinado por el más nimio hecho! — y emplee el raciocinio en consideraciones respecto a sus deberes para con los demás; cuando viendo el hombre en cada semejante un ser con iguales derechos que él a opinar y con la misma facilidad para equivocarse, posibilitará el acercamiento a la verdad, esa verdad de la que se cree poseso y de la que no se posesionará jamás en la medida que él cree de absoluta unilateralidad.

GONZALO VIDAL